



15 de abril de 2018 • Tercer Domingo de Pascua

Después de la crucifixión de Jesús, sus discípulos estuvieron desesperados. No solamente habían visto la terrible muerte de su maestro, sino que sus propias vidas estaban en riesgo, pues la crucifixión les sugería que Jesús no era el tan esperado mesías después de todo. Se había anticipado que el mesías llegaría al poder, liberando a Israel de la dominación extranjera e indicando el tan anhelado regreso de que Dios volvería a habitar con Israel. La crucifixión les sugería la posibilidad del rechazo de Dios hacia Jesús o del fracaso de Jesús para lograr los propósitos de Dios.

Esto es parte por qué los discípulos se asombraron cuando Jesús apareció. Dios revindicó a Jesús al resucitarlo. La Resurrección reveló que las promesas de Dios se cumplieron, precisamente por medio de la muerte. Por medio de la cruz, Dios había liberado a las personas del pecado y la muerte. Dios verdaderamente había regresado en Jesús y luego en la presencia y actividad del Espíritu Santo. El dominio del pecado y la muerte se habían roto. La Resurrección fue la primera muestra del nuevo reino de Dios en Jesús.

NO SOLAMENTE PARA EL CIELO

En el pasaje del Evangelio, Jesús específicamente enfatiza su presencia corporal. Él invita a sus discípulos a tocarlo, y él come algo de pescado enfrente de ellos. Él claramente dice que no es un fantasma y que no se despojó de su humanidad cuando resucitó. Los discípulos empiezan a entender a Jesús de una nueva manera. Mucho tiempo después, los cristianos expresaron esto como la resurrección de Jesús en la carne. Jesús resucitado, tanto en lo humano como lo divino, reina tanto en el cielo como en la tierra.

Así que cuando Jesús envía a sus discípulos, y hoy cuando nos envía a todos, a proclamar el Reino de Dios, él nunca quiso decir “solamente para el cielo”. Dios busca renovar, no rechazar el cuerpo humano, la cultura del hombre y lo creado en el universo. El proyecto de Dios para nosotros está aquí y ahora, dentro de todas las limitaciones y el desorden de la vida diaria. Estamos llamados a cuidar unos de otros, a la Tierra y toda la creación amada por Dios.

Lecturas de hoy: Hch 3:13-15, 17-19; Sal 4:2, 4, 7-8, 9; 1 Jn 2:1-5a; Lc 24:35-48